

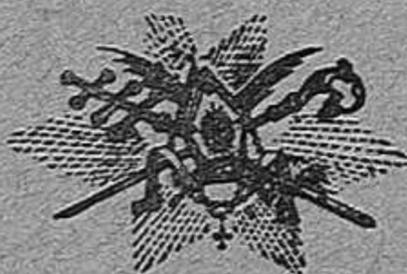
54

FRANQUÍA DE CANCELADO

Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

OBISPADO DE CORIA



2.^a ÉPOCA — TOMO XXIII

15 Diciembre 1922

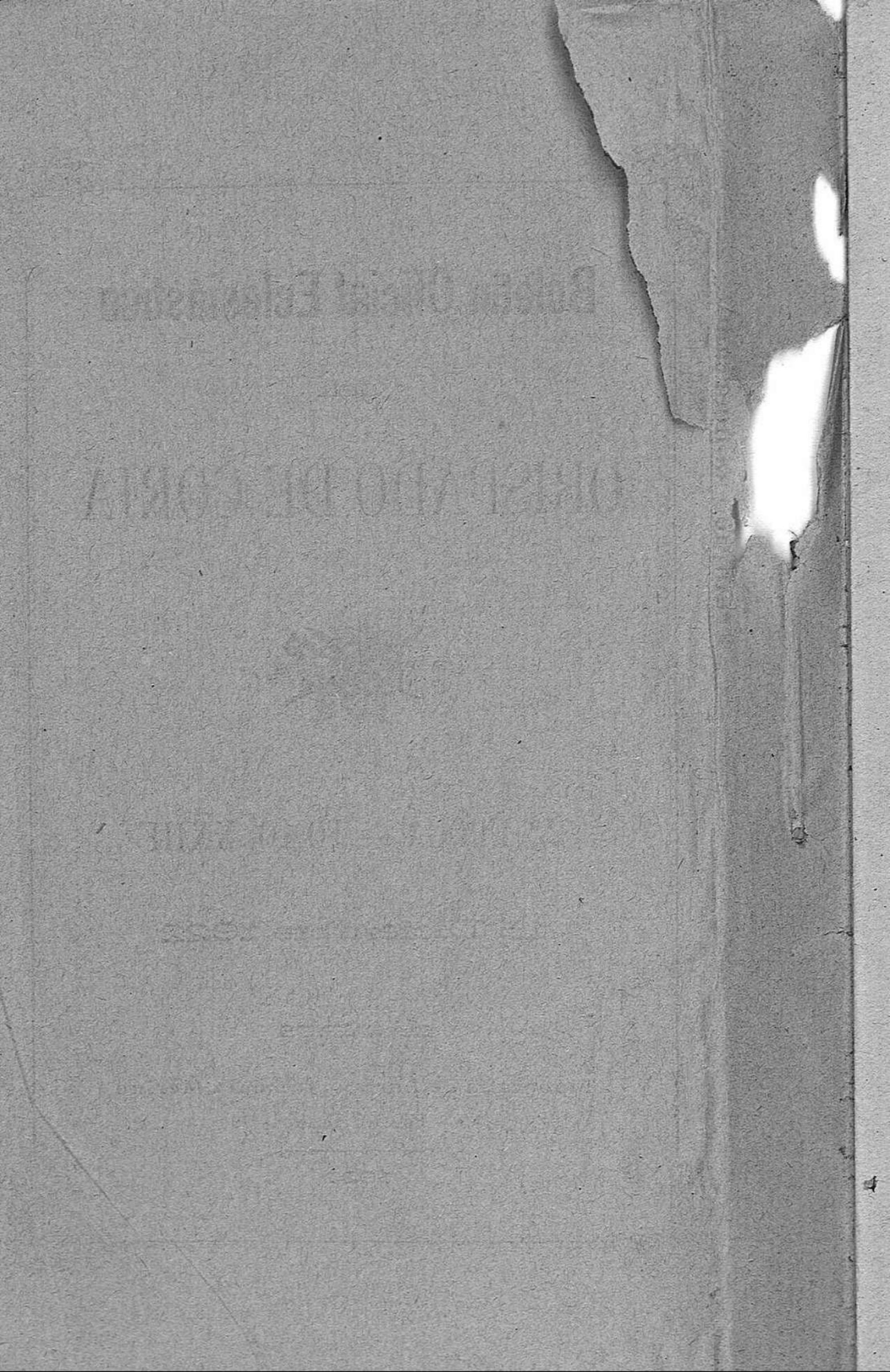
CÁCERES

Tipografía de Luciano Jiménez Merino

19 — PORTAL LLANO — 19

1922

12122



Boletín Oficial Diócesis de Coria

OBISPADO DE CORIA

En favor de los niños víctimas de la guerra

Carta Pastoral de S. E. R.

El Obispo de Coria, al Clero y fieles de la Diócesis.

Venerables Hermanos y amadísimos hijos:

Una página del Sagrado Evangelio de perenne actualidad

Respondiendo a requerimientos apremiantes de un deber, que estimamos sacratísimo, por tercera vez elevamos nuestra voz para implorar de vuestra caridad una limosna.

La caridad cristiana no reconoce más fronteras que las de la necesidad y la miseria; y donde quiera que ésta clama con la voz angustiosa del dolor, allá acude solícita sabiendo que no es sino el eco de la voz dulcísima de Jesucristo, que, señalando al pobrecito, dice a sus fieles discípulos aquellas augustas palabras (Mat. XXV 34-45) que han de formar parte de la sentencia final de los predestinados al cielo y de los réprobos del infierno.

“Venid, dirá Jesús, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo:

Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedasteis:

Desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y me vinisteis a ver.

Entonces le responderán los justos y dirán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?

¿Y cuándo te vimos huésped y te hospedamos: o desnudo y te vestimos?

¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te fuimos a ver?



Y respondiendo el Rey, les diré: *En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis con uno de estos mis hermanos pequeñitos conmigo lo hicisteis.*

Entonces, dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles.

Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber:

Era huésped y no me hospedásteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

Entonces ellos también le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel y no te servimos?

Y él les respondió diciendo: *En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos ni a mí lo hicisteis.*

E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.,



La Iglesia, depositaria de la caridad

Importancia tan transcendental tiene en la vida de la Iglesia la caridad que quiso Jesucristo fuera el distintivo y la señal de sus discípulos. que puede compendiarse su gloriosísima historia de veinte siglos en aquellas palabras en que se compendió admirablemente la de su divino Fundador (Act. X. 38) "pertransiit benefaciendo,, ha pasado por el mundo haciendo bien.

Sería, pues, preciso ir reproduciendo esa inmensa mole de volúmenes en que los sabios y doctores nos han ido trazando la vida de la Iglesia en sus tramas salientes para tejer la historia de la caridad que es el patrimonio que Jesucristo la legó en su testamento y que ella conserva como el más preciado de sus tesoros.

Es San Pedro, el primer Vicario de Jesucristo, quien en su segunda Carta Encíclica dirigida a todos los fieles (Cap. I. v. 10) les dice exhortándoles a la caridad: "Trabajad con ardor en aseguraros vuestra vocación y vuestra elección por las buenas obras. Porque así nos dará Dios con abundancia todos los medios para entrar en el reino eterno de nuestro Señor,,.

Es San Pablo, el Apóstol de las gentes, el vaso de elección, escogido por el mismo Jesucristo para llevar su nombre por toda la tierra quien, teniendo noticia según se refiere en la primera historia de la Iglesia, escrita auténticamente por inspiración del Espíritu Santo en el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles (Cap. II. v. 29) de la grande necesidad por la que iba a atravesar la Iglesia de Jerusalén, fué pidiendo limosna por las iglesias de Antioquía, y él mismo en persona, fué a llevársela a Judea, para ponerla en manos de los necesitados.

Tal era el fuego de la caridad que abrasaba al Santo Apóstol que pudo decir de sí mismo, en su carta segunda a los fieles de Corinto, (Cap. V. vers. 14) "que la caridad de Jesucristo le apremiaba," de jándonos escrita aquella sublime apología, de la caridad, escrita con palabras celestiales, en su primera carta a los corintios.

Después de hablar de los dones extraordinarios por el Espíritu Santo otorgados a los fieles en los primitivos tiempos de la Iglesia, cuales eran el de profecía, el de ciencia, el de milagros, (Cap. XII v. 31) dice: "Aspirad a mejores dones. Ya os muestro un camino aún más excelente."

Y señalándolos ese camino en lenguaje arrebatador, exclama (Cap. XIII v. 1-sig.) "Si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena o campana que retiñe.

Y si tuviera profecía y supiese todos los misterios y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe de manera que traspasase los montes y no tuviere caridad, nada soy.

Y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviera caridad nada me aprovecha."

Termina ese sobre toda ponderación hermoso panegírico de la caridad de Jesucristo con aquellos dos mandatos que debieran ser el lema de todas nuestras empresas de cristianos: "Sectamini caritatem, aemulamini spiritualia," seguid la caridad, codiciad los dones espirituales."

La Voz del Soberano Pontífice

Este ejemplo y esta doctrina de los príncipes de los Apóstoles, se vienen perpetuando en la Iglesia, cuya vitalidad inmarcesible se manifiesta a través de los siglos, entre otros signos inconfundibles, por medio de una caridad siempre creciente a la medida en que se van agravando los males físicos y morales de la pobre humanidad.

No hay por qué recordar, ni describir el cuadro desgarrador que presenta hoy el mundo después de la desolación sin ejemplo de la pasada guerra, ni es posible dentro de la brevedad de esta Carta, enumerar los hechos principales que han ceñido al Pontificado del llorado Benedicto XV, de santa memoria, de esa aureola de bendiciones y de tierna gratitud de los que sufren los horrores de la más espantosa miseria.

Once meses ha que ocupa la cátedra de San Pedro nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI, y según noticias que llegan por telégrafo, él mismo, en su documento recientísimo cuyo texto aún no conocemos, se ve precisado a manifestar que la labor intensísima de la caridad, que ha venido realizando con una actividad prodigiosa, le ha

consumido totalmente el tiempo e impedido realizar sus ardientes deseos de comunicarse antes con la cristiandad por medio de su primera Carta Encíclica.

Son tan copiosos los datos que a diario se conocen por la prensa de los rasgos de la caridad del Santo Padre, principalmente para con los damnificados de la guerra; son tan ardientes las palabras que deplorando su miseria y solicitando la cooperación de todos para el remedio ha pronunciado en audiencias, cartas, notas y alocuciones, que constituyen una ejecutoria gloriosísima de su labor apostólica.

En la imposibilidad de reproducir tan larga serie de citas, queremos conozcáis textualmente dos de sus documentos importantísimos.

Carta de Su Santidad Pío XI

En 10 de Julio de 1922, dirigía nuestro Santísimo Padre a los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del Orbe católico, la siguiente Carta Apostólica:

“Ha transcurrido ya casi un año, como recordaréis, desde que Nuestro llorado Antecesor, doliéndose con sentimientos paternos de la misérrima población de Rusia, sumida por la peste y el hambre en la más espantosa catástrofe de la Historia, imploraba la general compasión y auxilio, y hacía presente a los Gobiernos de las naciones, cuánto interesaba al bien público una acción común, pronta y eficaz, de socorro. Igualmente está en la memoria de todos, que Nos mismo, en virtud de la herencia de misericordia a Nos transmitida por Nuestro Señor Jesucristo, dirigimos solícitos nuestras letras a los representantes de los Estados reunidos en la Conferencia de Génova, rogándoles que concertasen sus esfuerzos para conducir aquellos pueblos al orden; también a estos mismos pueblos, aunque separados con prolongada tristeza de la Sede Apostólica, enderezamos palabras amantísimas de consuelo, declarando cuán vivamente deseaba Nuestro corazón su retorno a la unidad de la Iglesia.

Ahora bien, aunque agobiadas casi todas las naciones por tantas angustias públicas y privadas, la caridad de los buenos ha respondido con largueza a los llamamientos del Romano Pontífice. En lo cual ciertamente—nos place confesarlo aquí—de un modo particular se distinguieron por la importancia de los subsidios con tanta liberalidad y organización aportados, los amados hijos de las más florecientes regiones de América, que merecieron con sus dádivas, no sólo el agradecimiento de aquellos infelices librados de la muerte, sino también el de toda la humanidad. Ni podemos pasar en silencio la cuantiosa suma votada por el Senado americano.

Pero tales subsidios no fueron bastantes para la inmensidad de

los males; ni podían serlo. De día en día vienen a Nos las más dolorosas noticias y los más angustiosos lamentos de las innumerables víctimas inocentes que necesitan, principalmente, del auxilio ajeno: los niños, los adolescentes, las mujeres y los ancianos, los cuales, sin un próximo socorro; están condenados a la más horrible de las muertes o a la más amarga de las vidas.

Por esto con toda la fuerza del sagrado ministerio de Supremo Pastor y Padre común, en nombre de nuestra misión de caridad universal, Nos, con todo el fervor del alma, os rogamos de nuevo a vosotros, Venerables Hermanos, y por medio de vosotros, a todos los que tengan sentimientos cristianos o tan solamente de humanidad, que acudáis en socorro de tantas miserias, de manera que a medida que éstas aumenten, más se dilaten los ámbitos de la caridad.

Mas, puesto que—como no se os oculta,—la eficacia y el fruto de esta acción benéfica depende de la adecuada recolección y distribución de los subsidios, encomendamos a vuestra diligencia amorosa, Venerables Hermanos, el impetrar de la manera que juzguéis más oportuno, los dones; los cuales a su vez, serán distribuídos por delegados nuestros según la necesidad éxija, sin ninguna distinción de religión o de nacionalidad.

Y queriendo dar, con el propio ejemplo, toda la fuerza a Nuestra exhortación a los demás, destinamos a esta gran colecta dos millones y medio de liras, todo cuanto la situación actual de la Sede Apostólica permite. Pero sobre todo, insistiremos, con humildes y fervientes súplicas encomendando al Divino Redentor la población rusa que se muere de hambre, tanto más amada de Nos cuanto más desventurada. Y como augurio de las eternas mercedes y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, os damos amantísimamente la Bendición Apostólica a Vosotros, Venerables Prelados, y a todos cuantos han de ayudar a aquellos pobres hermanos.,,

Un nuevo llamamiento del Santo Padre a España

Con una distinción y una delicadeza, que nunca podremos agradecer bastante los españoles en estos momentos de angustia en que la "caridad de Cristo apremia,, no encontrando ya en los exhaustos tesoros que acumula la piedad de los fieles en el Vaticano, medios para remediar tan urgente como gravísima necesidad, ha puesto sus ojos y su confianza paternal en sus buenos hijos de España, y por medio de los Sres. Arzobispos al Episcopado español, el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico ha dirigido en 29 de Noviembre del año actual, otra interesantísima Carta que copiamos literalmente:

“Como habrá visto ya, por el opúsculo “La obra pontificia de socorro en favor de los niños hambrientos de Rusia,,,” que la Secretaría de Estado de S. S. ha mandado a todos los Prelados del mundo católico, el Padre Santo hace un nuevo llamamiento a la caridad de los fieles de todo el orbe y de cuantos abrigan en su corazón sentimientos de humanidad, para librar del lento martirio del hambre a centenares de miles de niños que, víctimas inocentes, son presa de la muerte.

Por expreso encargo de Su Santidad me dirijo a V. E. R. encareciéndole la necesidad de sumar sus esfuerzos a los del Vicario de Jesucristo, que como le ha llamado a participar de su Autoridad divina en el gobierno de la Iglesia, le llama hoy a que participe también de su solicitud y conmiseración, avivando en sus fieles diocesanos la caridad en favor de los niños que en Rusia perecen, y le ayude a afrontar este magno conflicto que amenaza con sembrar la desolación en Europa.

El Padre Santo es el primero en acudir al penetrante grito de angustia de la naciente generación rusa que, en los albores de la vida perece de inanición. El ha dispuesto que se haga el máximun de economías en el Vaticano, ha estrechado extraordinariamente su vida ya modesta, ha aumentado sus privaciones, prestándose gustoso a carecer de muchas cosas necesarias a la vida. Ello, Excmo. Señor, le dará la idea del sentir del Papa, de la inmensa transcendencia que en el concepto del Romano Pontífice tiene este magno problema y, por tanto, de la necesidad imperiosa que tienen los Prelados de aportar su concurso decidido y abnegado a la Obra Pontificia.

No ignoro, Excmo. Señor, las muchas atenciones que han pesado y siguen pesando sobre la noble nación española, la precisión que ha tenido y tiene, de acudir con frecuencia a remediar necesidades de casa; lo reconozco perfectamente y más de una vez he podido admirar su esplendidez ilimitada al acudir generosamente en auxilio de los niños de Rusia. Ello me demuestra que España ha sentido la necesidad de cooperar a la solución apremiante de un problema que, por tener repercusión universal, interesa a todos; tanto más cuanto que no se piden cuantiosos bienes y sacrificios, sino que se busca sólo un constante, modesto y caritativo óbolo de los fieles, mayor o menor, según sus facultades, y siempre reducido a la fácil privación de innecesarias y muchas veces supérfluas atenciones.

Como la Misión Pontificia enviada a Rusia por la Santa Sede para repartir los socorros no tiene un simple carácter transitorio, sino que permanecerá allí mientras las circunstancias lo reclamen, me encarga el Padre Santo que haga presente a V. E. R. sus vivos deseos de que se constituyan Comités de acción en las ciudades y en los pueblos pa-

ra que se mantenga viva la caritativa campaña mientras duren las actuales circunstancias y faciliten las colectas y los envíos de las limosnas a la Santa Sede. Estos envíos pueden hacerse directamente a la Secretaría de Estado de Su Santidad, y pueden también mandarse a esta Nunciatura Apostólica con la seguridad, en este caso, de que serán remitidas a Roma con nota detallada de su origen.

Yo no dudo, Excmo. Señor, que tendrá singular complacencia en sumar sus esfuerzos a los del Romano Pontífice, y tomar parte en esta solicitud que es hoy la más grave y apremiante entre las muchas que reclaman la augusta atención del Padre Santo. Encarezco asimismo a V. E. R. que haga llegar esta Carta a los señores Sufragáneos de su Archidiócesis, para que todos los Obispos de España oigan la voz y conozcan los deseos del Papa y así se apresten para gloria del Episcopado español, a coadyuvar a la magna obra del Sumo Pontífice, poniendo en acción cuantos elementos tengan a mano, como los párrocos, asociaciones católicas, la prensa, y sobre todo los Comites permanentes que Su Santidad desea se funden y constituyan.

Sepan los fieles que el Padre Santo bendice desde ahora a los donantes y asegura, con inspirada certeza, que Dios Nuestro Señor remunerará con creces sus actas de cristiana beneficencia.

El hambre y la obra pontificia de socorros a los niños de Rusia

Estamos convencidos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, de que a cuantos os gloriáis con tanto derecho de vuestra piedad cristiana de la que Nos tenéis dadas tantas y tan eficaces pruebas, os basta la palabra angusta del Vicario de Jesucristo para decidiros a cooperar con todo empeño a esta obra que imperiosamente exige la caridad.

No queremos sin embargo dar por terminada nuestra Carta sin estimularos en vuestros generosos propósitos describiéndoos nada más que un poco el velo que oculta ese abismo de miseria moral y material, que tan justamente alarma al que es Padre común de los fieles.

Y por no incurrir en exageraciones e inexactitudes que desvirtuarían nuestro intento, hemos de atenernos a los datos oficiales debidos a información completamente fidedigna.

Testimonio de Mr. Mac Kencie

Era tan extraordinaria la necesidad, que ya el Santo Padre había manifestado por medio del Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado a los Prelados de España y por medio del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, que urgía acudir al socorro de la Europa Central y de Rusia "lo

más generosamente posible, aun a costa de limitar o suspender de momento las limosnas en favor de otras obras pías, incluso las expresamente recomendadas por la Santa Sede,,.

Mas en vista de que el azote del hambre se presentaba cada día más aterrador, envió por segunda vez a España a Mr. Mac Kencie, tesorero de la Unión Internacional de Socorros a los niños, el cual, como testigo de vista de los horrores del hambre y de la exigüidad de los recursos remitidos para su remedio, excitase con sus informes ese movimiento de caridad que, gracias a Dios, se ha iniciado en nuestra patria siempre generosa en el sacrificio.

A principios de Abril del año actual exponía ante selectísimo auditorio en la Corte, en sencilla conferencia, tales datos acerca de aquel espectáculo horripilante nunca visto que se conmovió profundamente toda la nación.

Desgraciadamente, decía Mr. Mac Kencie, existe el estado de hambre y en proporción tal, que nunca vió el mundo espectáculo semejante, el macabro espectáculo de treinta millones de hambrientos, de diez millones de niños esqueléticos, de siete millones de niños menores de quince años muertos de hambre en el corto espacio de dos años, después acaso de ver morir del cruel suplicio de la inanición y de la gangrena por inanición al padre, a la madre y a los hermanos mayores y tal vez de canibalismo a hermanitos igualmente desgraciados.

Un autógrafo del Soberano Pontifice

Corroborando estos datos se han publicado con ilustraciones que ponen espanto en el alma más esforzada unas páginas avaloradas con el siguiente autógrafo de Su Santidad, fechado el 25 de Julio de este año:

“A todos aquellos que al leer estas páginas mensajeras de las más tristes desgracias, movidos a piedad de la inmensa muchedumbre de niños que se mueren de hambre, acudan en su auxilio en la medida de sus fuerzas, Nos desde este momento, los bendecimos con ánimo agradecido, rogando al Señor ardientemente, que como lo hará ciertamente, les recompense con su gracia su caridad con larguísima mano.,”

Escuchad:

La palabra del Padre Santo Benedicto XV

“Nos hallamos en presencia de una de las más espantosas catástrofes de la historia. Masas incontables de criaturas humanas, acosadas por el hambre, azotadas por el tifus y por el cólera, vagan desesperadamente por una tierra árida y se dirigen a los centros populosos, donde esperan encontrar pan y de donde son rechazados con la fuerza de las armas. Muchos millones de hombres de la cuenca

„del Volga invocan, ante la perspectiva de la muerte más horrible, el socorro de la humanidad.”

El espantoso cuadro de miseria y de hambre que la veneranda memoria de Benedicto XV concisamente describía con estas palabras en su Carta al Cardenal Gasparri, fecha 5 de Agosto de 1921, si mejorado algún tanto en las regiones del Volga, persiste invariable, si es que no se ha agravado todavía, en la atrocidad de sus colores, en otras de las inmensas regiones de la Rusia meridional.

El azote del hambre

El hambre crece amenazador en toda la Rusia meridional. En aquellas vastas regiones que fueron en otro tiempo las más fértiles del mundo, aparece hoy la tierra seca, árida, inculta. Después de haber agotado las últimas provisiones y vendido todo para procurarse un pedazo de pan, centenares de miles de personas huyen en busca de lugares más propicios.

Uno de los aspectos más tristes de la actual situación rusa lo ofrece el número grandísimo de huérfanos y de niños abandonados por sus padres fugitivos.

Animales asquerosos, insectos propagadores del tifus exantemático, pululan en los andrajos de los infelices sobrevivientes que no los pueden lavar, dada la absoluta falta de jabón.

La escasez de trabajadores del campo, la gran dificultad para haber semilla suficiente, el estado deplorable de las comunicaciones, la terrible sequía y otras diversas causas de índole varia, han traído necesariamente el hambre que obliga a aquellas desgraciadas poblaciones a alimentarse de todo lo que cae en sus manos. En el otoño pasado se nutrían de hierbas, cortezas de árboles, orugas, lombrices; ahora se comen ya la paja de los tejados de sus miserables viviendas y, en algunas partes—¡horrible es decirlo!—los cadáveres humanos.

Pequeños mártires del hambre

Pondérese ahora qué trastornos orgánicos producirá una alimentación de tal género principalmente en los niños. Las fotografías de aquellos míseros restos humanos representan verdaderos esqueletos en los cuales resulta el vientre enormemente hinchado por los gases emanados de las inmundicias ingeridas. En el general desfallecimiento físico, solamente la inteligencia conserva por largo tiempo su lucidez que se manifiesta en las pupilas que angustiosamente imploran alivio para sus atroces sufrimientos.

Y nada aprovecha el amor heroico de las madres, obligadas a presenciar el progresivo desfallecimiento de sus hijos, sin poderles ofrecer un eficaz remedio.

Un periódico ruso cuenta que una pobre mujer de la Bachkiria (Volga) enloquecida por el hambre y por la desesperación, había arrojado al río un hijo y se disponía ya a arrojar el más pequeño, un niño de cuatro años.

Pero el inocente, presintiendo instintivamente el horror de la muerte,

—¡Madre!—¡Madre!--grita.--¡Te prometo no pedirte más de comer!

Debilitados en esa forma por el hambre, los niños son fácilmente presa de todas las enfermedades: entre otras del edema, propio de las extremidades, que lleva consigo la gangrena y la muerte.

Pero la mayor parte mueren de inanición; comienza el niño por enflaquecer mientras se le hincha desmesuradamente el vientre; después llega a tal grado de debilidad, que no puede tenerse en pie, finalmente, pierde la fuerza de digerir, de suerte que son inútiles los alimentos y las medicinas y la infeliz criatura muere entre los espasmos de terribles dolores intestinales.

Los pobres inocentes mueren así, a millares, y la Rusia del Sur va convirtiéndose en un vasto cementerio. Recientemente, al deshelarse un afluente del Volga, se han encontrado hacinados cerca de diez mil cadáveres, que diversas localidades había arrastrado la corriente, depositándolos en un punto donde el río describe una rápida curva.

La muerte sorprende frecuentemente a los míseros hambrientos en las calles; y la cosa es ya tan común, que los transeuntes ni reparan en ello. Los cadáveres, después de haber sido pasto de los perros, son recogidos en carros y llevados a la fosa común juntamente con los numerosos recogidos en las casas.

En los hospitales faltan, además de las medicinas, el local; así es que no es raro el caso de que un pobre pequeñuelo tenga que pasar la noche junto al cadáver del hermanito que dormía con él en la misma cama.

Tal es la imagen del hambre, la realidad espantosa de una catástrofe que ninguna descripción, por viva que sea, podría pintar en su realidad verdadera: mujeres y niños antes rebosantes de vida y alegría, hombres adornados de aquella imaginación y generosidad que era la característica del pueblo ruso, están a punto de ser aniquilados por el hambre y diezmados por enfermedades dolorosas.

La obra de Su Santidad Pío XI

Herederero del espíritu de su Predecesor y como él profundamente conmovido a la vista horrible de un pueblo entero condenado a morir de hambre, Pío XI, desde lo alto del Trono Apostólico, renueva el piadoso llamamiento de Benedicto XV, y, dirigiéndose a los Obispos del mundo católico y a todos los pueblos cristianos, quiere reunir todas

las energías y todos los recursos de la piedad. Y para hacerlos más eficaces, ha escogido a algunas pías y generosas personas para que, yendo a los lugares mismos del dolor y de la miseria, distribuyan de manera segura y directa, con la urgencia que reclama la extrema necesidad y con la caridad propia del Redentor del mundo, los paternos socorros a los pobres hambrientos rusos.

Y los enviados de la Santa Sede, bajo la celeste protección de la Virgen del Perpetuo Socorro, cumplirán su misión de caridad, sin prejuicios políticos ni confesionales, teniendo en cuenta únicamente la mayor necesidad, y dedicarán cuidados particularísimos a los inocentes niños cuya tierna constitución física más fácilmente es víctima del hambre y de horribles enfermedades. ¿No tienen por ventura esos inocentes más derecho que otro alguno a la piedad cristiana?

Y ¿cómo podría un corazón humano y cristiano cerrar los oídos a los gritos de angustia que dan los pobrecitos niños rusos? ¿Quién negará el concurso del propio óbolo a la obra pontificia de socorro para salvar aquellos seres desgraciados sin casa, sin padres, condenados a morir abandonados por las calles de las ciudades o en los secos surcos del campo, por falta de alimento?

Con *una peseta* se mantiene un niño por una semana.

Con *veinte pesetas* se puede salvar a un inocente de la muerte, asegurándole el sostenimiento por algunos meses.

Y ¿quién no querrá renunciar a un puro, a una sesión de cine, a una botella de vino, a una golosina, por salvar una vida humana?

¿Qué niño no se sentirá movido a socorrer al hermanito, que está lejos, renunciando al breve gusto de un nuevo juguete?

Un niño que muere de hambre, es como un niño que se ahoga; la persona que da la limosna para la *Misión Pontificia de Socorro*, es el generoso que lo salva sin correr peligro alguno.

La organización permanente diocesana en favor de los niños hambrientos de Rusia

Cumpliendo, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, con la obligación estrechísima que nos imponen a un tiempo la caridad y la obediencia a las órdenes pontificias que ponemos sobre nuestra cabeza y anhelamos llevar a cumplimiento con todo celo, hemos venido

en dictar las siguientes disposiciones para organizar la limosna permanente en favor de los niños víctimas de la guerra:

1) En el Domingo Infraoctava de la Natividad del Señor, en el día de la Circuncisión del Señor y en la festividad de los Santos Reyes, se harán colectas extraordinarias en todas las parroquias e iglesias de nuestra jurisdicción, cuyo producto íntegro será remitido a nuestra Secretaría de Cámara antes del 15 de Enero próximo.

2) Designamos delegado nuestro especial para cuanto tenga relación, con las limosnas de referencia, al M. I. Sr. D. Pedro Falces, Canónigo de nuestra S. I. C. y director del "Boletín Eclesiástico", y a él habrán de dirigirse, una vez constituidas las Juntas parroquiales.

3) Quedan declaradas como Juntas parroquiales ejecutivas en todas las parroquias de la Diócesis, las respectivas Juntas de Hijas de María, que se encargarán en la mejor forma que arbitre su celo, de hacer las colectas y recaudar limosnas y donativos especiales.

4) Esto no obsta a que los señores curas encargados de parroquias, puedan nombrar Juntas directivas u honorarias, compuestas de personas de prestigio en la feligresía, encargadas de asesorar y apoyar a las Hijas de María y Nos será grato el que así se haga.

5) Mientras duran estas circunstancias, quedan constituidas como Junta Diocesana en la capital de la provincia, por las mayores facilidades que ofrece a este fin la integrada por las Juntas del Apostolado de la Oración, Marías de los Sagrarios e Hijas de María, de la ciudad de Cáceres.

6) Habrá de hacerse, por obligación, una colecta mensual en cada parroquia, en el día y forma que los señores curas párrocos señalaren, y el resultado de la colecta se remitirá cada trimestre a nuestra Secretaría de Cámara, pasando aviso de la cantidad, con el fin de que se tome nota y se haga el descuento por el Sr. Habilitado.

Prenda de los divinos favores que para todos, Hermanos e Hijos amadísimos, y en especial para cuantos os inscribáis en esta cruzada de la caridad de Jesucristo, imploramos de corazón sea la Bendición Pastoral, que os damos en el nombre del ✠ Padre y del ✠ Hijo y del ✠ Espíritu Santo. Amén.

En Cáceres, a 15 de Diciembre de 1922.

† PEDRO, OBISPO DE CORIA

Por mandado de S. E. R. el Obispo mi Señor,

Dr. Francisco Martín Moreno.

Can. Secretario.

Esta Carta Pastoral será leída al pueblo en la forma acostumbrada.